

EL AGUA DE CHORRILLOS Y EL BUFO SPINULOSUM

POR

ENRIQUE ERNESTO GIGOUX

Jefe de la Sección Zoológica del Museo Nacional
de Historia Natural.

La línea del F. C. de Caldera a Copiapó, en Atacama, el primero que corrió en el hemisferio sur, construido por el célebre ingeniero norteamericano Guillermo Weelwryht, inaugurado el 25 de Diciembre de 1851, atraviesa un llano de cuarenta kilómetros de largo, en la primera mitad de su camino, árido a veces en verano, se convierte a fines de invierno, sobre todo cuando llueve, en un campo verde por su vegetación herbácea primero, y en un jardín de flores silvestres después.

Esta gran extensión de terreno arenoso y calcáreo, es por consiguiente poroso, y absorbe gran parte del agua de las lluvias, y de la que en forma de millones y millones de gotas muy pequeñas, le dejan cada noche las camanchacas, que la evaporación del mar vecino se encarga de producir en el día, y que se condensa con la baja temperatura que empieza a notarse después que se oculta el sol, para ser llevadas tierra adentro por el viento.

Este llano extenso, en su prolongación hacia el sur, en el sentido de su ancho, se corta bruscamente a pique al llegar al mar, constituyendo un barranco semi-circular de unos diez metros de altura, donde crece y cuelga una vegetación muy tierna y acuosa, por entre la que salen diez chorros de agua dulce, que proviene seguramente en gran parte de la que recibe el llano de las lluvias y camanchacas. Están situados a diferentes alturas en el tercio más bajo de la mitad inferior.

Estos chorros, que miden de cuatro a cinco centímetros de diámetro, arrojan de quince a veinte litros de agua por minuto cada uno, lo que humedece el barranco, corre al pie formando charcos en la faja de terreno pedregoso que hay entre aquél y la playa, y se escurre hasta llegar al mar. En algunas épocas el caudal de agua disminuye, y hay ocasiones en verano en que casi desaparece, para reaparecer después.

La vegetación del barranco continúa en tierra, y es tan tierna como aquella, tal vez porque el sol sólo da un momento por la tarde en ese rincón. Para llegar a este sitio visitado ocasionalmente por algún pescador que le faltó el agua, o algún pastor que incidentalmente pasa una temporada con sus cabras por los contornos, cuando hay primavera, y las lleva para

abreviar, o un raro excursionista, hay que ir desde el puerto hasta el Morro Copiapó, y bajando la gran meseta donde descansa este cerro colosal, hay una especie de avenida recta y plana de ocho kilómetros de largo y uno de ancho, formada por filas de lomas de un lado y de cerros bajos del otro, a cuyo frente y al medio allá en el mar, está la Isla Grande, que parece a la distancia un cetáceo varado, y que es refugio de pájaros marinos.

Al final de esta avenida y al torcer a la izquierda, para llegar a este lugar interesante llamado «Agua de Chorrillos», y que algún día el hombre sabrá aprovecharlo, el terreno de las últimas lomas, ha sido de tal manera removido, y hay tanta variedad de colores y formas de montículos, que parece hubo allí una raza de gigantes industrioses dedicados a la metalurgia.

En este oasis marítimo, el visitante suele oír en ocasiones el mugido de las olas que mueren a muy poca distancia, el grito de alguna gaviota y cantos de sapos, porque los hay en este solitario paraje.

Posados sobre las piedras en actitudes batracianas, se ven cuando se llega a este sitio, sapos relativamente grandes que saltan de un lado a otro, sin demostrar mucha desconfianza ni inquietud, se ocultan debajo de ellas o desaparecen entre las yerbas acuosas. Corresponden a la especie *Bufo spinulosum* Wieg. var. *aspera* Werner, = *B. chilensis* Tschudi, que no se sabe como han podido llegar ahí, porque la desembocadura del río Copiapó, de donde pudieran haber venido, está a varios kilómetros de distancia hacia el sur, quedando el Agua de Chorrillos aislada por el mar al frente, y dilatadas extensiones de terrenos áridos y accidentados alrededor.

Cuando se recorre la angosta faja de tierra comprendida entre el barranco y el mar, que es una verdadera playa, y se procede a levantar las piedras, sobre todo en la línea media de este espacio, se encuentra la sorpresa de que debajo de una hay un sapo, y un poco más allá debajo de otra hay un cangrejo. Porque parece que en sus excursiones, los primeros avanzan un poco hacia la playa, y los segundos hacia el barranco.

En las ocasiones raras en que suelen haber grandes bravezas de mar, las olas alcanzan hasta muy cerca del barranco, entonces los sapos se encaraman a él sujetándose en las anfractuosidades, y permanecen ahí hasta que pasa el peligro y se haya renovado el agua de los charcos, que invadió el mar.

Son estos sapos los verdaderos habitantes de este paraje, y después los cangrejos; algunas lagartijas, *Liolaemus nigromaculatus bisignatus* Ph., y un Múrido que parece escaso y no he

podido determinar, por la imposibilidad de atraparlo, en el corto espacio de tiempo de una excursión.

Diariamente llegan a beber ahí algunas avecitas terrestres, que se detienen un instante y se van, como las «Pachurras», de las especies *Geositta cunicularia fissirostris* (Kittitz), *G. cunicularia deserticolor* Hellmayr y *G. rufipennis fasciata* Ph. y Landb. Diucas, *Diuca diuca crassirrostris*, y Chincoles, *Zonotrichia capensis chilensis* Meyen. Y suele verse ahí algunas veces a las «Changas», *Cinclodes nigrofumosus nigrofumosus* Lafr. y D'Orb., y «Chanquitas», *C. oustaleti oustaleti* Scott, y *C. fuscus fuscus* (Vieillot), trinando por el barranco y volar después a la playa.

Uno que otro Chercán, *Troglodytes musculus atacamensis* Hellmayr, suele verse en aquel lugar donde el hombre que no llega a él casi nunca, sabrá aprovecharlo algún día.

SANTIAGO, 3 de Enero de 1938.

